

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

Víctor M. Molina  
Por la Facultad

Juan Girelli  
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat  
Por el Colegio de Graduados

#### SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

#### REDACTORES

Enrique Loudet  
José H. Porto  
Por la Facultad

Francisco M. Alvarez  
Amadeo P. Barousse  
Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto  
Alfredo Bonfanti  
Por el Centro de Estudiantes

---

**AÑO XX**

**NOVIEMBRE DE 1932**

**SERIE II, N° 136**

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES



de José González Galé

## El problema de la población

CAPÍTULO II. — *Los primeros siglos de la Edad Moderna*

### I

El primer escritor que se ocupa de la población dentro de un orden de ideas que podemos llamar moderno es Machiavello.

El sagaz escritor florentino emite acerca de estas cuestiones conceptos claros y precisos. “En los gobiernos — escribe — moderados y dulces se ve mayor población por ser más libres y deseables los matrimonios, desde que el hombre engendra de buen grado tantos hijos cuantos puede mantener, máxime si sabe, además, que sus hijos no sólo nacen libres, sino que pueden, por sus virtudes, alcanzar las más altas posiciones.”

Piensa que el crecimiento de la población está naturalmente limitado por las subsistencias y ello le lleva a decir “La naturaleza, cuando se ha reunido demasiada materia superflua la elimina para salud del cuerpo. Así también, en el cuerpo complejo de la generación humana, cuando todas las provincias están llenas de habitantes de modo que no pueden vivir ni irse a otro lado, conviene de necesidad que el mundo se libre con uno de los tres modos: hambre, enfermedades, o inundación.”

Vicio y miseria, que diría Malthus.

A fines del mismo siglo XV en que escribía Machiavello, apareció en el Piamonte un escritor político, Giovanni Botero, autor de un libro: *De la razón de estado*, que lo hizo famoso, y de una monografía breve: *Causas de la grandeza y magnificencia de las ciudades*”, en la cual dedica no pocos párrafos a la población. “Grandeza de ciudad — escribe al

“comenzar — se llama, no al espacio que ocupa, ni la extensión de sus murallas, sino la multitud de sus habitantes y su potencia.”

Establece luego las causas que han originado la fundación de las ciudades: temor, placer, utilidad; las condiciones que debe reunir el terreno en que la ciudad se asiente: fertilidad, facilidad de comunicaciones, y la mejor manera de asegurar su buen gobierno.

Compara, después, el criterio que respecto al estado tenían los griegos y los romanos y funda su opinión favorable a los segundos.

“Si el mundo se gobernase por la razón y cada cual se contentase con lo que en justicia le corresponde, sería, tal vez, oportuno abrazar el juicio de los antiguos legisladores (los griegos). Pero la experiencia nos enseña que por la corrupción de la naturaleza humana la fuerza prevalece sobre la razón y las armas sobre las leyes. Debe, pues, preferirse el parecer de los romanos...”

“... Es evidente — añade poco más adelante — que en las guerras de Pirro, de Cartago, de Numancia, de Viriato, de Sertorio, y en tantas otras, sufrieron los romanos pérdidas mucho mayores que sus enemigos. Pero con todo los superaron gracias a su inexhausta multitud.”

¿Por qué crecen las ciudades? Botero trata de explicárnoslo. “Las ciudades crecen, parte por la virtud generativa de los hombres, parte por la virtud nutritiva de la ciudad. La generativa es siempre la misma, por lo menos desde hace tres mil años, es decir, que los hombres son hoy tan aptos para la generación como en los tiempos de David y de Moisés. Luego, si no hubiese ningún impedimento, el género humano crecería sin fin, y por lo tanto, crecerían sin término las ciudades. Si no ocurre así forzoso es que sea por falta de sustento.”

Ahora bien, el sustento se obtiene de la campiña vecina a la ciudad, cuando ésta es chica; pero a medida que crece reclama cantidades de alimentos cada vez mayores que hay que traer de más lejos cada vez, sorteando mil riesgos, que Botero enumera: corsarios, tormentas, mala voluntad de los pueblos que hay que cruzar, obstáculos naturales. Por ello cuanto más grandes son las ciudades tanto más expuestas están a la carestía, a la peste, a toda clase de peligros.

Por eso el género humano llegó a un cierto número, pero no pasó de él. Y hace ya tres mil años que la población del

mundo permanece casi estacionaria, porque los frutos de la tierra no dan para más.

Las guerras y las emigraciones no son — para Botero — sino una consecuencia de la estrechez en que un pueblo se halla, en un momento dado, dentro de sus confines. Y es la necesidad la que hace que haya tantos ladrones y asesinos.

“ ¿Qué diremos — pregunta — de tantas y tan crueles armas? ¿De las guerras perpetuas por mar y por tierra? ¿De las fortalezas en los desfiladeros? ¿De las murallas?... A las causas citadas se agregan la esterilidad, la carestía, los malos influjos, los morbos contagiosos, las pestilencias, los terremotos, las inundaciones y los mil accidentes que destruyendo, ora una ciudad, ora un reino, ora un pueblo, ora otro, impiden que el número de los hombres crezca inmoderadamente. ”

Malthus hubiera firmado complacido este párrafo. Sus obstáculos positivos estaban cálida y maravillosamente descritos. Pero cuando escribió la primera edición del *Ensayo* no tenía noticias de la existencia de Botero.

## II

Contemporáneo de Botero — acaso el más agudo de los escritores políticos de su tiempo — fué Juan Bodin (1530-1596), autor francés de no escaso mérito, a quien se deben dos libros: *La República*, y *La respuesta a las paradojas de M. Malestroit respecto al encarecimiento de todas las cosas*.

Bodin comparte la opinión general de los hombres de gobierno de la época y la resume en una breve sentencia “no hay fuerza ni riqueza, sino en los hombres”.

Y siempre que halla ocasión insiste en hacer valer las ventajas del número.

Pero no paran ahí sus observaciones. Tiene, también, ideas claras acerca de lo que, andando el tiempo, constituiría el aspecto cualitativo del problema. Destaca la influencia del medio ambiente, hace notar las diferencias de prolificidad de las distintas clases sociales, y subraya el hecho — que siglos más tarde habrá de ser también comprobado — de que son las clases más pobres las que acusan mayor natalidad.

Años después, otro escritor francés, Montchrétien, publica un tratado de Economía Política, y roza el tema de la población inspirándose, al parecer, en las ideas de Bodin.

## III

La expulsión de los moriscos y de los judíos, las guerras incesantes y las continuas expediciones a América habían despoblado a España.

Por eso el padre Gracián se lamenta en el *Criticón* del estado de pobreza a que se ve reducido el reino.

“Si España no hubiese tenido los desagüaderos de Flandes, las sangrías de Italia, los sumideros de Francia, las sanguijuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata?”

Y Saavedra Fajardo, uno de los más esclarecidos ingenios hispanos, en sus *Empresas Políticas* escribe a su vez: “La fuerza de los reinos consiste en el número de sus vasallos. Quien tiene más es mayor príncipe, no el que tiene más estados, porque éstos no se defienden ni ofenden por sí mismos, sino por sus habitadores, en los cuales tienen un firmísimo ornamento; y así dijo el emperador Adriano que más quería tener abundante de gente el imperio que de riquezas; y con razón, porque las riquezas sin gente llaman la guerra, y no se pueden defender, y quien tiene muchos vasallos tiene muchas fuerzas y riquezas. En la multitud de ellos consiste — como dijo el Espíritu Santo — la dignidad de príncipe, y en la despoblación su ignominia.”

Y en otro trabajo menos conocido: *Introducciones a la Política y Razón de Estado* al ocuparse de “La ciudad” y de “La compañía civil o política” que dice “es natural al hombre” coincidiendo en no pocos puntos con Botero, recuerda que los legisladores castigaban el celibato y lamenta que “España que necesita más de esta atención por las expulsiones que ha hecho de gente, por la que ha consumido en las guerras en diversas partes y por la que ha pasado a poblar las colonias de las Indias y de otros reinos, es la que menos cuida de animar los matrimonios.”

La preocupación por el despueblo — así lo escriben los autores de aquella época — es general.

El Real Consejo de Castilla se dirige al Rey D. Felipe III en 1619 en estos términos “la despoblación y falta de gente es la mayor que se ha oído ni visto en estos reinos después que los progenitores de V. M. comenzaron a reinar en ellos.”

Y el Padre Pedro de Guzmán, en su libro: *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad* nos informa acerca de la magnitud del mal. “Contándose en Francia quince millones de personas, en Italia diez y otros tantos en Alemania, no hay cuatro en España”.

Y Pedro Fernández de Navarrete, en el discurso VIII de su libro *Conservación de Monarquías*, publicado en Madrid en 1625, dice: “Cosa cierta es que salen cada año de España cuarenta mil personas”.

Y más adelante — discurso XLIII — señala como una causa de la despoblación el exceso de frailes.

“Estando España tan falta de gente para la cultura de las tierras y para el ejercicio de las artes y oficios, tiene en doscientas leguas de latitud y longitud más de nueve mil conventos, y en ellos setenta mil religiosos, sin los monasterios de monjas que es otro gran número.”

A lo que D. Santiago de Moncada replica que “las religiones y eclesiásticos son antiguos y el daño es fresco” por lo cual niega la consecuencia.

Pero no falta quien, lejos de rechazar el cargo, trate de convertirlo en galardón.

Fray Benito Peñaloza, en su libro *Las cinco excelencias del español* — Pamplona, 1629 — afirma que esos nueve mil conventos son otros tantos baluartes de la fe. Y añade: “Si el salir tantos españoles a tantos reinos a predicar la fe, ayuda a que se despueble España, dichosa ella...” “Si Francia, Alemania e Italia están más pobladas por que sus moradores no se ocupan en tales ministerios, ténnganos ellas envidia, pues en ésto imitamos a los apóstoles.”

No se puede decir — ni mucho menos — que estas palabras encierran una teoría científica acerca de la población. Pero son vivo ejemplo de un modo de razonar, mezclando lo humano con lo divino que, por desgracia, no ha pasado de moda todavía.

#### IV

Durante todo el período que estamos analizando — desde el principio de la edad moderna hasta mediados del siglo XVII — las ideas acerca de la población toman en Inglaterra y en Alemania caminos divergentes.

En Inglaterra se teme ya el exceso de población. Diría-

se que son Malthusianos aún antes de que haya nacido Malthus.

En Alemania, por el contrario, se es francamente poblacionista. Ello no quita, naturalmente, que en 'uno y otro país haya quien disienta de las ideas predominantes.

Entre los alemanes, Ulrico von Hutte (1488-1523) y Sebastián Frank von Wörd (1500-1545) se muestran temerosos de que la población llegue a crecer con exceso, y eso les lleva a decir, al primero: "Hace falta la guerra para que "salga la juventud y disminuya la muchedumbre". Y al segundo: "Si la guerra y la muerte no ayudan será preciso "que, como los zingaros, salgamos de nuestras tierras."

En cambio, Lutero se muestra optimista, combate el celibato eclesiástico, y afirma resueltamente: "Dios que da "los hijos los nutrirá".

Y su opinión es compartida por la mayor parte de los escritores de la época y de los que, posteriormente, han contemplado los estragos causados por la guerra de treinta años.

Jacobo Bornitz (1608) en su *Partitionum Politicarum, libri IV*, solicita medidas políticas tendientes a aumentar la población. Hermann Latherus von Husum (1618) en *De Censu* hace notar las ventajas que tiene el aumento de población; cita el ejemplo de Inglaterra, favorecida por la inmigración de los protestantes franceses, y combate, como Lutero, el celibato eclesiástico.

Análogo modo de pensar manifiesta en su *Discursus politicus de incrementis imperiorum* (1623), Christophe Besold, quien pide que no se dejen tierras sin cultivar, aun recurriendo, si es preciso, a los extranjeros, caso de no bastar los nativos.

Kaspar Kloch (1583-1655) en *De aerario*, sostiene, por su parte, que el celibato es un crimen comparable al adulterio, en tanto que Georges Obrecht (1617) en *Secreta politica*, hace ver cómo la riqueza depende de la población, y Georges Schönborner von Schönborn (1610) en su *Politicorum, libri VII*, lamenta los avances del urbanismo en el que, — tal vez influenciado por Aristóteles — halla un motivo de confusión.

## V

Dijimos que en Inglaterra las ideas seguían otra dirección.

En efecto, ya en 1516, Thomas Morus, el famoso autor de *Utopía* trata de remediar la miseria que reina en su país mediante la construcción de un estado de tipo socialista. Ello lo lleva a ocuparse de la población, pero sus ideas al respecto son poco originales. Teme, a la vez, el exceso y la falta de la población y, para evitarlo, fija el número máximo de habitantes que cada ciudad ha de contener y limita el número de hijos de cada familia, que no ha de bajar de diez ni exceder de diez y seis.

Cubre, con toda desenvoltura, las fallas de un hogar con los sobrantes de otro y se vale de las colonias para mantener invariada la población del estado, enviando a ellas el excedente o repatriando las familias que se requieran, si llega el caso. Naturalmente, la voluntad de cada persona o de cada familia no se toma en cuenta. ¿Qué puede representar esa voluntad aislada frente a los intereses colectivos?

Sir Walter Raleigh (1552-1618) en su *Discourse of war in general*, considera la guerra como un medio irremplazable de eliminar el exceso de la población. “Cuando un país — “ escribe — está abrumado bajo la multitud de la población “ que lo habita, es una necesidad natural la que lo constriñe “ a descargarla sobre otro, con razón o sin ella, porque — “ dejando de lado las epidemias que suelen visitar las poblaciones muy aglomeradas — no hay miseria que impulse “ a los hombres a una conducta de desesperados y al desdén “ por la muerte como los tormentos y las amenazas del “ hambre.”

Y Gonnard, de quien tomamos la cita, hace notar que ese párrafo, no sólo está impregnado de tanto pesimismo como las páginas más amargas de Malthus, sino que se parece extrañamente a un texto del demógrafo alemán Dr. Rommel publicado, y citado a menudo, antes de 1914.

En un *Essay concerning seditions and troubles* (Ensayo referente a las sediciones y revueltas) el célebre filósofo Bacon, manifiesta que para mantener la paz es preciso, ante todo, evitar la indigencia; para ello es necesario que la población permanezca siempre proporcionada al “stock” — es decir a los medios de subsistencia — de que se dispone.

Y en un *Ensayo sobre la verdadera grandeza del reino* (*Essay on the true greatness of the kingdom*) expresa que dicha grandeza consiste, particularmente, en el número de hombres capaces de tomar las armas más bien que en el de la

población general. Anticipa, así, un concepto de demografía comparada, que ha de desarrollarse en el siglo presente y que — basado en estadísticas que entonces no había — toma en cuenta, no sólo el número de habitantes de cada país, sino además su distribución por sexos y por edades. Por lo que hace a Inglaterra, su opinión es que hay muchos más síntomas de exceso que de falta de población.

Thomas Hobbes (1588-1679) tanto en su *Leviathan* como en su *De Cive* señala la relación que existe entre la población y las subsistencias. Ve en las colonias un medio de restablecer el desequilibrio que pudiera producirse. Pero si el mal se hiciese universal no queda más remedio que la guerra.

## VI

Es inútil multiplicar las citas. Basta lo dicho para advertir, sin mayor esfuerzo, cuán opuestas eran las corrientes de pensamiento que, en materia de población, predominaban en el continente y en Inglaterra. Por uno u otro motivo los pensadores del continente eran poblacionistas, casi sin excepción. En Inglaterra, en tanto, se temía que la isla llegara a verse excesivamente poblada. Tal vez influyera en ello la circunstancia de que, por haber sido destinadas al pastoreo multitud de propiedades que antes se dedicaban a la agricultura, se produjo una desocupación temporaria de campesinos, y, consecuencia lógica, una disminución en la producción agrícola. Ello trajo aparejadas grandes penurias para la clase humilde. Y, por ello, el ya citado autor de *Utopía*, Thomas Morus, pudo escribir, refiriéndose al *cercamiento* de grandes extensiones de tierra que hacían los señores para guardar en ellas su ganados: “Para que un hombre solo puede satisfacer su insaciable avidez — verdadero azote para el país — y rodear con un seto miles de acres, los campesinos son arrojados de sus tierras; despojados unos por el fraude o la violencia; obligados otros a vender su bien, hartos de sufrir vejaciones.”

Pero el mal en Inglaterra era pasajero. Los campesinos arrojados de sus tierras por los carneros merinos—Thomas Morus llegó a hablar del *carnero devorador de hombres*—no tardarían en encontrar ocupación, y, pasada la crisis, al difundirse en Inglaterra las doctrinas mercantilistas, las ideas acerca de la población cambiarían de rumbo.

CAPÍTULO III. — *La segunda mitad del siglo XVII*

## I

A mediados del siglo XVII — en 1662 — apareció en Inglaterra un libro curioso: sin duda alguna el primero en su clase. Se llamaba *Natural and Political Observations mentioned in a following Index and made upon the Bills of Mortality*, by Cap: John Graunt.

Era el primer tratado orgánico de la ciencia que actualmente se conoce con el nombre de *Estadística Vital*, y su autor, John Graunt, un comerciante londinense que por haber tomado parte en las guerras civiles tenía derecho al grado de capitán.

Los *Bills of Mortality* (Boletines de mortalidad) eran una serie de listas de defunciones compiladas, desde un siglo antes, por los rectores de las parroquias, quienes llevaban, además, en forma análoga registros relativos a matrimonios y nacimientos.

Y de esos materiales tuvo Graunt la idea de deducir las leyes referentes al movimiento de la población.

Pobre era el material para tan ambiciosos propósitos, pues ni siquiera se registraba la edad de los muertos. Sin embargo, Graunt logró poner de manifiesto una porción de hechos interesantísimos y, entre ellos, cuatro que nos importa destacar:

- a) que ciertos fenómenos vitales que parecen no obedecer sino al azar presentan regularidades dignas de atención;
- b) el exceso de nacimientos de varones sobre los de mujeres, y el equilibrio numérico de ambos sexos en la población total;
- c) la, relativamente, alta tasa de mortalidad infantil;
- d) la mayor mortalidad en la ciudad que en el campo.

Llegó, incluso, a tener el concepto de lo que constituye la esencia de una *tabla de mortalidad* y dió, treinta años antes de que Halley construyese la suya — la primera de todas que merezca tal nombre — el siguiente cuadro que indica el número de los que, de un número inicial de cien recién nacidos, llegan en vida a ciertas y determinadas edades.

Nacen al mismo tiempo . . . . .	100
Cumplen los 6 años . . . . .	64
"    "    16    "    . . . . .	40
"    "    26    "    . . . . .	25
"    "    36    "    . . . . .	16
"    "    46    "    . . . . .	10
"    "    56    "    . . . . .	6
"    "    66    "    . . . . .	3
"    "    76    "    . . . . .	1
"    "    86    "    . . . . .	0

Pero lo que, indiscutiblemente, da un gran valor al libro de Graunt no son los resultados a que llega, sino los *métodos* que emplea. La minuciosa observación de los hechos; la confrontación de unos con otros; el análisis crítico de los elementos que maneja; todo lo cual le permite evidenciar la interdependencia de fenómenos que parecían absolutamente independientes. Tales procedimientos son hoy de uso corriente, pero en aquellos tiempos constituían un verdadero hallazgo.

Parecería que los trabajos de Graunt no tuvieran una vinculación muy directa con las *teorías* acerca de la población. Sin embargo, a poco que se reflexione, se advertirá que su influencia en el futuro había de ser decisiva: como que se trataba de algo más que de hipótesis o de teorías más o menos plausibles. Se trataba de dotar a los que estudiasen el problema de la población de un instrumento preciso y seguro que redujese a *cifras comparables* las vagas apreciaciones de carácter subjetivo.

A pesar de todo, Graunt no dejó de expresar, así, como de pasada, su opinión francamente *poblacionista*.

Dice, en efecto, en el capítulo VIII, sección 14: "Por cuanto los príncipes son, no sólo poderosos, sino ricos, según el número de las gentes — las manos son el padre de la riqueza y la tierra la madre o matriz — no es maravilla que los Estados que fomentan el matrimonio y obstaculizan la licencia hacen tanto por su interés como por preservar de violación y vilipendio las leyes divinas."

Contemporáneo y amigo de Graunt fué Sir William Petty — uno de los fundadores de la Royal Society — a la que Graunt fué incorporado a raíz de la publicación de su libro.

Fué Petty lo que hoy llamamos un polígrafo. Tenía verdaderas luces naturales y, como había cursado estudios universitarios, tuvo ocasión de ponerlas de manifiesto. Entre

su copiosa y variada producción predominan los trabajos de carácter político-económico. Por ello — y apoyándose en su amistad con Graunt — no ha faltado quien quiera atribuirle la paternidad de las “Observaciones sobre los Boletines de Mortalidad”.

El marqués Lansdowne, descendiente de Petty, ha publicado hace poco (1927) dos gruesos volúmenes con los que trata de probar que Graunt no era sino un testaferrero de Petty. Pero el profesor Greenwood ha demostrado en el “Journal of the Statistical Society” (1928, 1ª parte, pág. 79 a 85) — y de un modo irrefutable en nuestra opinión — que el método de Graunt difiere sustancialmente del de Petty, con enorme ventaja para el primero. Y que sólo pueden sostener la tesis contraria los que influenciados por un prejuicio — disculpable, pero inadmisibles — piensan que, entre un universitario de talento y un simple mercader, es aquél y no éste el que debe ser reputado como autor de un libro que es, en su género, una verdadera obra maestra.

No es el caso de insistir sobre este punto. Lo hemos mencionado porque no era lícito pasarlo por alto, pero estaría fuera de lugar detenerse demasiado sobre él, ya que sólo incidentalmente se vincula a la cuestión que nos ocupa.

De cualquier modo, es innegable — ya lo hemos hecho notar — que Petty tenía, en realidad, talento natural y vasta ilustración y que el renombre de que goza no es usurpado ni mucho menos.

Razón de más para que no necesite apropiarse lauros ajenos.

Entre sus numerosos trabajos los que más interés presentan para nosotros son el “Tratado sobre los impuestos” (1662) y la “Aritmética Política” (1671).

La *Aritmética Política* — este nombre fué inventado por Petty — era para su autor *el arte de razonar sobre cuestiones de Estado basándose en cifras*. Pero en aquellos tiempos faltaba aún la base firme en qué apoyar tales razonamientos: las estadísticas fidedignas, y muchos de los números que se barajaban eran simplemente el resultado de conjeturas más o menos plausibles.

A pesar de ello se encuentran en sus páginas muchas observaciones atinadas y, en ocasiones, el autor se adelanta a su época. Habla, por ejemplo, del *standard* de gastos de un labrador inglés, y aventura la opinión de que el incesante

aumento de la población tiende a preservarlo. Es que Petty, como todos los escritores de la época, ven el problema de la población teniendo en cuenta solamente lo que ellos creen el interés del Estado. Por ello, con referencia a la densidad, no consideran más que uno solo de sus aspectos. Bien es verdad que sólo en nuestros días habría de encararse la cuestión con un criterio verdaderamente científico.

De lo ya dicho se desprende que Petty es francamente poblacionista. Y así lo confirman diversos pasajes de sus distintas obras.

En el "Tratado sobre los impuestos" afirma que "...la escasez de gentes es pobreza real" y que "...la riqueza de una nación que cuenta con ocho millones de habitantes es más que doble que la de otra que, con igual territorio, sólo cuenta cuatro."

Médico del ejército, tuvo ocasión de permanecer largo tiempo en Irlanda y de interesarse por sus problemas. Conoció allí el plan que bautizó con el nombre de *Transplantations* y con el cual se proponía mejorar las condiciones de vida de la isla. En un ensayo titulado "Anatomía Política" escribía al respecto: "Si Enrique II hubiera podido llevar a Inglaterra a todos los habitantes de Irlanda, desdennando la utilización de sus tierras, habría fortalecido, hermosado y enriquecido a Inglaterra y mostrado una real bondad hacia los irlandeses. El mismo trabajo es, ahora, casi cuatro veces más difícil de realizar. Pero podría aún realizarse con ventaja para todos. Viven allí actualmente 300.000 británicos y 800.000 papistas de los cuales 600.000 llevan la vida miserable a que antes aludí. Si se cambiasen 200.000 británicos por otros tantos irlandeses la fuerza numérica de entrambos sería la misma, pero la fuerza política e industrial de los británicos sería tres veces mayor."

Y si de entre la población inferior — que fué estimada en 600.000 almas — se tomasen las mozas casaderas — digamos 20.000, en total — y se llevasen a Inglaterra para casarlas con ingleses, en tanto que a otras tantas mozas inglesas se las llevaba a Irlanda para casarlas con naturales del país "la obra completa de la natural trasmutación se verificaría en cuatro o cinco años". Es decir, las míseras chozas de los irlandeses se adecentarían bajo la influencia de las jóvenes inglesas, en tanto que las mozas irlandesas, llevadas a

Inglaterra, se amoldarían pronto al nivel superior de vida a que se las transplantaba.

Petty ambicionaba hacer a su país grande y próspero y se sentía impresionado por la fuerza y poderío de Francia y de Holanda.

Es posible que influyeran en él las ideas de su contemporáneo sir William Temple quien, poseyendo un amplio y personal conocimiento acerca de las *Provincias Unidas* (Holanda), escribía en sus *Observations upon the United Provinces*: ...“Yo creo que el fundamento verdadero y original del comercio está en una gran multitud aglomerada en un reducido espacio de tierra, porque allí todas las cosas necesarias a la vida se encarecen y todos los hombres que tienen posesiones se sienten inclinados a la tacañería, pero los que nada tienen se ven constreñidos a ser industriosos y trabajadores.”

Las guerras que sostiene Inglaterra para asegurarse en el mundo la posición preponderante a que se juzga con derecho pesan, sin duda, en el ánimo de sus escritores políticos: el *número es fuerza* se ha dicho en todos los tiempos y continúa repitiéndose en el siglo XX. Además, el desarrollo económico del país permitía encarar con optimismo el problema de la población.

Josiah Child publica en 1668 un ensayo titulado *Brief Observations concerning Trade, Interest and Money* orientado en ese sentido. Años más tarde, en 1694, publica otro volumen, *A new discourse upon trade*, y en él hallamos estos conceptos: “La mayor parte de las naciones del mundo son más o menos pobres o ricas en proporción a la escasez o abundancia de su población, y no a la esterilidad de sus tierras... todo lo que tienda a poblar un país tiende a mejorarlo”.

Y Sir Charles Davenant escribía, en aquellos mismos años: “La población es la fuerza y la riqueza real de un país. Vemos cuan impotente es España, por falta de habitantes, con las más ricas minas de oro y plata y los mejores puertos y la mejor tierra del mundo. Y vemos cuan poderosas son — por el número — las Provincias Unidas, con malas bahías y el clima peor de la tierra. Es preferible, acaso, que a la gente le falte tierra a que a la tierra le falte gente. Cuando en un gran territorio hay pocos habitantes, no hay allí sino inercia y pobreza; pero, cuando una gran

“ multitud está confinada en una pequeña porción de tierra,  
 “ la necesidad la provee de invención, frugalidad e indus-  
 “ tria; lo que en una nación se ve siempre recompensado con  
 “ poder y riqueza.”

Riqueza y poder. Ese es el único sueño de los escritores políticos ingleses de fines del siglo XVII. Anhelan hacer de su isla una de las más poderosas naciones de la tierra; la más poderosa de todas, si ello es posible. Para lograrlo es preciso tener muchos soldados; muchos navegantes; muchos brazos para la agricultura, para el comercio, para la industria...

Poder y riqueza no serán duraderos — aunque se alcancen — si no se tienen fuerzas para defenderlos.

## II

Francia llegó a ser, bajo Luis XIV, la primera potencia militar de Europa. Era también la de mayor población. Tenía veinte millones de habitantes, en tanto que Inglaterra, en plena crisis de crecimiento, sólo contaba ocho; España, en los más tristes momentos de su decadencia, apenas cinco o seis, y Alemania, fraccionada en pequeños Estados, diez y ocho o diez y nueve.

Pero Colbert, el ambicioso ministro de hacienda del rey Sol, no se daba por satisfecho. Estimaba que la tierra de Francia era capaz de sustentar un número de habitantes mucho mayor, y, en ese mayor número, veía un aumento de poder para su patria. Pero eso no le basta: quiere, además, que *todos* los franceses trabajen y que trabajen en algo que sea útil al Estado. Dirigiéndose al Rey dice: “Hay que  
 “ reducir todas las profesiones de vuestros súbditos a las que  
 “ puedan seros de provecho, y éstas son la agricultura, el  
 “ comercio, la guerra terrestre y la de mar. Si V. M. puede  
 “ reducir a esas cuatro todas las profesiones, estará en con-  
 “ diciones de ser dueño del mundo.”

El mariscal de Vauban, en su conocidísimo libro *Dîme Royal* (Diezmo real), propone ciertas medidas de carácter fiscal, merced a las cuales espera hacer que mejoren las finanzas reales y el bienestar general.

Refiriéndose a la población, escribe: “No es la gran cantidad de oro y plata lo que constituye la riqueza de un  
 “ país. La verdadera riqueza de un reino se cifra en la

“abundancia de aquellas mercaderías cuyo uso es tan necesario al sostén de la vida de los hombres.”

Ahora bien, Francia es rica y fértil y sólo cuenta diez y nueve millones de habitantes en vez de los veinticinco que podría sustentar cómodamente. Y no sólo eso, la mayor parte de la población vive en la miseria...

“Casi la décima parte del pueblo se ve forzado a mendigar, y así lo hace; de las nueve partes restantes, cinco no están en condiciones de dar limosna porque su situación no difiere mucho de la de aquellos que forman el grupo anterior; de las cuatro partes que quedan, tres están en pésimas condiciones, llenas de deudas y de pleitos, y la décima, en la que incluyo a todas las gentes de espada y de toga, eclesiásticos y laicos, alta y baja nobleza, personas del servicio militar y civil, comerciantes y burgueses acomodados, no pasa, en total, de cien mil familias, y no creería mentir si dijera que apenas hay diez mil que puedan decir que viven con holgura.”

Cuadro sombrío, acaso exagerado por el autor para impresionar al monarca e inducirle a llevar a la práctica los proyectos que, a su juicio, debían engrandecer al país, porque “cuando los pueblos no se sientan tan oprimidos, se casarán sin temores, se vestirán y se alimentarán mejor; tendrán hijos más robustos y mejor educados; atenderán mejor a sus negocios, y, en fin, trabajarán con más valor y con más energía”.

No sólo los hombres de espada y los financieros pensaban de ese modo. Bossuet, el famoso historiador y orador sagrado, hace en su *Politique tirée de l'Écriture Sainte*, esta afirmación, que recuerda una frase ya citada de Saavedra Fajardo: “La gloria del rey y su dignidad estriban en la muchedumbre del pueblo: su vergüenza es verle — por su culpa — menguado y disminuído.”

Y Fenelón, en el *Telémaco*, afirma que la población creciente es un bien y que, por ello, el aumento se produce en horas de prosperidad. En cambio, en los malos tiempos, ocurre todo lo contrario.

### III

Quedaría incompleta esta reseña histórica si pasáramos por alto un acontecimiento que tuvo lugar en Francia a mediados del siglo XVII: en 1654, para ser más precisos. Nos

referimos a la invención del cálculo de las probabilidades por Pascal y por Fermat como consecuencia de una consulta que — acerca de algunas dificultades en el juego de los dados — hizo al primero el caballero de Meré.

El hecho de que su origen fuera una simple dificultad de juego y de que durante muchos años fueran sólo problemas de juego los que sirviesen de aplicación al cálculo de las probabilidades, no quita que la invención tuviese, para el estudio de los problemas de la población, una enorme importancia. El libro de Graunt había abierto nuevas rutas al investigador; la creación del cálculo de las probabilidades suministró el instrumento indispensable para que dichas rutas pudieran ser exploradas con un criterio rigurosamente científico. Claro que para ello fué necesario el concurso de muchos cerebros privilegiados en el transcurso de varios siglos. Pero, por meritorios que sean los esfuerzos de quienes mejoran y afinan un instrumento tosco, nunca lo son tanto como los de aquel que imaginó la primitiva herramienta.